

MAMÁ DOLORES. ¡Jesús!

CURRA. ¿Este es hijo de aquel famoso San Miguel?...

JUANITA. Es guapo, es guapo.

TONTO. ¿Le . . le toca á usted algo, mamá Dolores?

MAMÁ DOLORES. Por supuesto, sois el mismo demonio.

SOCORRITO. ¿Está solo en el mundo, verdad?

CLÓTILDE. Es un tipo muy interesante.

CURRA. Muy simpático; muy distinguido.

JUANITA. Es guapo, es guapo.

TONTO. Un... un rival; como si lo viera.

ÁLVARO se presenta por la puerta del foro, de improviso. Movimiento de sorpresa y de cierta vergüenza en todos.

ÁLVARO. Me olvidaba... Reparando con extrañeza en el cuadro. ¿Eh? Sonriéndose. Me olvidaba la fusta...

MAMÁ DOLORES. Ah, la fusta. Sí..

Las muchachas se apresuran á dársela.

ÁLVARO. Hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Hasta mañana.

Saluda reverentemente desde la puerta. Á su cortesía, contestan también saludando todos: Socorrito, con una sonrisa muy dulce; Clotildita, con una postura de minué; Curra, como si ya fuera su suegra; Juanita, azorada; mamá Dolores, con afabilidad, y el Tonto como Dios le da á entender. Mientras, cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un pinar en las inmediaciones de Arenales del Río. Apenas se filtra el sol por entre los árboles. En el suelo, hacia la izquierda, un tronco viejo que hace veces de banco.

Aparece solo el pinar. De la parte de la derecha vienen de cuando en cuando alegres risas de muchachas. Por la izquierda salen á poco ÁLVARO y MAMÁ DOLORES, conversando.

ÁLVARO. Hermoso día estoy pasando, mamá Dolores. Lástima que se acabe... y que sea el último que paso entre ustedes.

MAMÁ DOLORES. El sitio es precioso, ¿verdad?

ÁLVARO. El sitio y la casa. Si yo fuera hombre dado al matrimonio, se la pediría á usted para la luna de miel.

MAMÁ DOLORES. ¿Ah, sí? Pues cuenta con ella, por si acaso. Te cojo la palabra. Vé tú á saber si con el tiempo...

ÁLVARO. Es difícil. Considero una desgracia muy grande que no le guste á uno más que una mujer. ¡Hay tantas y tantas bonitas!... Y como usted comprende, por el hecho insignificante de

casarme yo con una sola, no han de volverse feas todas las demás. Y desde ese momento estoy perdido: porque donde haya una mujer bonita, allí me tiene usted á mí. Para todo, absolutamente para todo... menos para casarme con ella.

MAMÁ DOLORES. Quien ama el peligro en él perece. Tú caerás, Álvaro.

ÁLVARO. Lo sentiría por mi mujer. Iba á vivir alarladísima la pobre.

MAMÁ DOLORES. ¡Ja, ja, ja!

ÁLVARO. De nada, por agradable que sea, quiero quedar harto en la vida. Y muchísimo menos de la mujer. Primero que llegue el hastío—que llega,—me voy yo. Me gusta adorarlas, pero como ha dicho el poeta,

*así, de prisa, de prisa,
todo al vuelo, todo al vuelo...*

¿Ve usted de la manera como se pasan las páginas de un libro predilecto? Pues igual. Eso son para mí las mujeres: páginas de una obra... que no sé los tomos que tendrá, pero que ojalá tenga muchos. Las voy pasando, pasando, y una me hace reír, y otra me interesa, y otra me encanta, y otra me conmueve... Pero...

*así, de prisa, de prisa,
todo al vuelo, todo al vuelo...*

MAMÁ DOLORES. ¿Sabes que me vas resultando un punto filipino?

ÁLVARO. ¡Ja, ja, ja!

MAMÁ DOLORES. Con todo, creo que harías un

casadito muy aceptable. Me agradecería que te pesara una de aquí. *Se sienta.*

ÁLVARO. Ya no hay tiempo. Dentro de una hora me marcho... Pensé quedarme con ustedes tres días y llevo siete.

MAMÁ DOLORES. Esas cosas... El diablo las enreda.

ÁLVARO. No, no; que no las enrede, porque me marcho.

MAMÁ DOLORES. Vamos, que si se empeñara Socorrito...

ÁLVARO. *Alarmado.* ¿Eh?

MAMÁ DOLORES. No te asustes, hombre. No me niegues que Socorrito no te parece á ti ningún costal.

ÁLVARO. No, señora; no me lo parece. Ni Socorrito, ni Clotilde, ni Isabel, ni María...

MAMÁ DOLORES. No, no, no; no generalices: Socorrito.

ÁLVARO. Pues ¡qué diablo! tiene usted razón: Socorrito. Es una muchacha interesante. Por bajo de la capa de su conversación, ligera y graciosa se advierte el espíritu de una mujer que siente y que piensa.

MAMÁ DOLORES. Y que sufre.

ÁLVARO. En fin, señora, ingenuamente le declaro á usted que la encuentro tan hechicera, tan atractiva... que me voy esta tarde.

MAMÁ DOLORES. Si te oyera el borrachón de mi marido te saldría con que eso no tiene lógica.

ÁLVARO. ¿Dice usted que sufre Socorrito? ¿Ya lo creo!

MAMÁ DOLORES. Socorrito... y todas las muchachas del pueblo. Es cosa que entristece el ánimo pensar en ellas. ¿Tú sabes la taifa de zanguan-gos que hay en Arenales? Yo me indigno. Borricones, estúpidos, gañanes, zampatortas...

ÁLVARO. En efecto: existe una diferencia esencial entre hombres y mujeres: la he notado. Como también he podido observar á mi paso por aquellas calles, que detrás de cada ventana hay siempre una mujer que mira... y que espera. Y deja uno las ventanas atrás, y sigue sintiendo los ojos que lo miran hasta que desaparece de la calle.

MAMÁ DOLORES. Es verdad; es mucha verdad. ¡Pobrecitas mías!

ÁLVARO. Á propósito. ¿Quién es una morena, enlutada, de ojos muy negros...? Vive en una calle á cuya entrada hay un Cristo viejo con una lamparilla.

MAMÁ DOLORES. Ah, sí; ya sé quién dices. Si vuelves á pasar por allí encomiéndate al Cristo. Tres veces se ha casado ya esa morena

ÁLVARO. ¡Sopla!

MAMÁ DOLORES. Y ahora va á cargar con un tendero, cuatro veces viudo. El duelo á muerte le dicen en el pueblo.

ÁLVARO. ¡Ja, ja, ja!

MAMÁ DOLORES. Aquí se da mucho ese tipo, no creas. ¡Hay cada lagartona, con el colmillo retorcido!... ¡Ah! Viudas, mal casadas... con poquísima vergüenza casi todas ellas...

Salc el TONTO MEDINA por la derecha, á tiempo de oír las últimas frases.

TONTO. ¡Em... empezando por mi tía!...

Se ríen los tres.

MAMÁ DOLORES. Este tonto dice unas cosas...

TONTO. ¡Á!... Álvaro! ¡Á!... Álvaro!

ÁLVARO. ¿Qué hay?

MAMÁ DOLORES. Levantándose. ¿Qué ha de haber? Que te echarán de menos las muchachas.

TONTO. E... eso mismo; que han hecho ya el columpio.

ÁLVARO. ¿Han hecho ya el columpio?

TONTO. Sí... sí, señor. Mírelo usted.

ÁLVARO. ¡Es verdad! ¡Pues si es una obra magna! Gritando. ¡Voy en seguida! ¡Voy! A mamá Dolores. ¿Se queda usted?

MAMÁ DOLORES. Sí. Á ver si saco de la bodega á Rufino, que debe de estar á estas horas hecho un mosquito.

ÁLVARO. Lo está, lo está. Á mí se ha empeñado en emborracharme. «Que naranja del cuarenta y ocho, que un vinito ajerezado especial, que aguardiente de caña...» ¡Porque mezcla que es una perdición!

TONTO. ¡Ji, ji!

DON RUFINO grita dentro, lejos, hacia la izquierda.

DON RUFINO. ¡Álvaro! ¡Álvaro!

TONTO. A... ahí viene.

ÁLVARO. No, pues no me pesca. Mamá Dolores, libreme usted de él.

MAMÁ DOLORES. ¡Pendón de viejo! Te digo que me tiene frita.

ÁLVARO. Hacia la derecha, como antes. ¡Voy! ¡voy!

Se va corriendo.

DON RUFINO. Un poco más cerca. ¡Álvaro!

MAMÁ DOLORES. ¡Calla! Al Tonto. ¿Tú no te meces?

TONTO. No... no, señora... Me mareo mucho...

MAMÁ DOLORES. Ya.

DON RUFINO. ¡Álvaro!

MAMÁ DOLORES. Yéndose por la izquierda. ¡Que te calles, hombre! ¡No quiere más vino! Y hace bien.

TONTO. ¡Ji, ji!... Se .. se ha creído lo del mareo. ¡Y no está mal mareo!... Se tumba en el suelo, de cara á la derecha. Desde aquí tendido, con el ir y venir del columpio... ¡Ji, ji!...

Óyese la primera copla. El Tonto sigue con el cuerpo y la cabeza el movimiento del columpio, y se ríe y da gritos semisalvajés. Pasa el gran rato el hombre.

Voz. *En el jardín de tu casa
sinco jazmines cogí,
y eran los sinco sentidos
que tengo puestos en ti.*

TONTO. ¡Digo! ¡digo! ¡Cómo engañan esas de la cara finita! Sale ANDREA por el primer término de la derecha con un cantarillo lleno de agua. Á pesar de los días transcurridos sigue sollozando. ¡An... Andrea!

ANDREA. ¿Qué quíe usted?

TONTO. Incorporándose. ¿Me... me das un buchecito de agua? En el mismo cántaro la bebo.

ANDREA. Tome usted la que quiera. Le acerca el cántaro y le da de beber. El Tonto, mientras, no deja de hacerle alguna caricia en los brazos.

TONTO. ¡Qué rica! ¡qué rica! Dios te lo pague. ¿Pe... pero vas llorando?

ANDREA. Zí, zeñorito... Las cozas de la vía...
Vase por la izquierda.

Sale GASPAS, también por el primer término de la derecha, y atraviesa la escena. El Tonto lo detiene un momento.

TONTO. ¿Bu... buscas á tu amo?

GASPAR. No, zeñó, zeñorito. Ya zé que está ayí en er columpio. Muchas gracias. Vase por la izquierda.

TONTO. No... no hay de qué darlas, hombre. Maliciosamente. Me... me parece á mí... me... me parece á mí... El hombre es fuego, la mujer estopa... vie... viene el diablo y sopla.

Se oye otra copla dentro, y el Tonto vuelve á su balanceo.

Voz. *Anda y preguntale á un sabio,
si te sabe respondé,
si pena más er que quiere
ó er que no sabe queré.*

TONTO. Levantándose de repente muy incomodado, como si hubiera visto al demonio, y dando vueltas inquieto por la escena. ¡Mal... maldita sea la peste! ¡Ya... ya está ahí esa bruja! ¿Que no hemos de tener fiesta sin ella? ¡Pues no me la dice, y no me la dice, y no me la dice!

Sale por la derecha la GITANA, desarrapada y sucia. Trae sobre la cabeza una canasta que deja después en el suelo. El Tonto le huye, todo temblón y descompuesto, pero no esquiva del todo su presencia, que en cierto modo le atrae. Siguen á la Gitana, con algarazara y risas, SOCRITO, CLOTILDE, JUANITA, ISABEL y ÁLVARO. Las muchachas muy adornadas con flores del campo.

GITANA. Ven acá tú, no juyas; que no me como á naide.

TONTO. ¡Á... á ver si te estás quieta!

GITANA. Pero ¿quién te ha tocao, güen moso?
 TONTO. ¡Vé... véte á vender canastas y déjanos!

SOCORRITO. Lo que es hoy te dice la buena-ventura, Juanillo.

ÁLVARO. Sí, sí; yo tengo que oírse la.

TONTO. Se... se la dirá al ladrón de su abuelo. Á... á mí no me la dice.

GITANA. Cáyate ya y no ofendas, que naide se ha metío contigo. Asércate, hurón.

TONTO. ¡Vé... vé... véte ya!

GITANA. Remedándoio. Asércate, codorní: que hablas á gorpes.

ISABEL. Pero ¿por qué no quiere?

ÁLVARO. ¿Por qué es ese miedo?

JUANITA. Yo no sé.

SOCORRITO. Porque un día le adivinó una cosa mala que había hecho.

CLOTILDE. Por eso, por eso no quiere.

GITANA. Pero si ahora le vi á desí la personiya resalá que está penando por esos güesesitos. Ven acá tú, presioso, que tienes ojos de caramelo chupao.

TONTO. La... la... la persona esa, la sé yo mejor que tú. Que se la diga á usted, Álvaro; que se la diga á usted.

ÁLVARO. No, no; á usted primero.

SOCORRITO. ¿Usted también le teme?

ÁLVARO. ¿Yo?

CLOTILDE. Sí, sí le teme; le ha bajado el color.

ISABEL. ¡Que se la diga!

SOCORRITO. ¡Que se la diga!

JUANITA. ¡Que se la diga!

TONTO. ¡Que... que se la diga! ¡Que... que se la diga!

CLOTILDE. ¡Le teme! ¡le teme!

ÁLVARO. ¿Que le temo? ¡Á ver, gitana: ven aquí! Presentándole la mano izquierda, palma arriba. Dime lo que me va á pasar en este mundo, si lo sabes.

GITANA. Sí que te lo diré, jermoso; que tienes planta de enamorao y bigote de gavilán.

CLOTILDE. ¡Jesús! ¡Bigote de gavilán!

Risas de todas.

TONTO. ¡Co... como á mí!... ¡Lo .. lo mismo que á mí!... ¡Bi... bigote de gavilán!

Nuevas risas.

GITANA. ¿Te quiés cayá, incluso; que no te pones ropa á la media, y te vas á salí por una manga?

ÁLVARO. Bueno, bueno, ahora me toca á mí.

SOCORRITO. Callarse.

Rodean á la Gitana y la oyen con supersticioso interés.

GITANA. Cogiendo con una mano la de Álvaro y diciendo, como si en la palma leyera: En er nombre sea de Dios, que donde está su nombre no hay mar ninguno, y lo que de Dios venga, güeno tiene que sé. Tú, jermoso, tienes un corasón que no te cabe dentro 'er pecho. Er vé lástimas, no es pa tí. Lagrimita que elante e ti se errame, lagrimita que secas tú con tu pañuelo. Daidivoso me eres, jasta lo liberá, porque viniste ar mundo en pañales de sea, y tira mucho lo hereao. Una penita mu honda te mina la vía, pero tú no se la cuentas á naide, porque quieres er sufrí pa tí solo. Lo que no consiga de tí una jembra, no lo